
LA DECLARACION DE CUENCA Y EL DISEÑO ARTESANAL

Tomado de el libro "Una vida Muchas vidas"

ALFONSO SOTO SORIA



En 1978, se celebró en el CIDAP, en Cuenca, un evento de singular importancia para el desarrollo artesanal de América Latina; el Primer Curso de Artesanos Artífices que reunió por vez primera a un selecto grupo internacional de artesanos, tanto nacionales como de los países miembros de la OEA. Este curso, que tenía como objetivo estimular un intercambio de ideas entre asistentes y dejar claramente sentada la importancia de su actividad como acción representativa de la cultura popular y como imagen distintiva del entorno regional y nacional en que era concebida, tuvo excelente acogida. Su organización quedó instituida dentro de los programas permanentes del CIDAP habiéndose efectuado a la fecha (1996) once ediciones, substituyendo paulatinamente las que se realizaban para promotores y expertos en ese campo.

En esta primera reunión a la que fui invitado para hablar sobre el diseño en las artesanías, sucedieron dos cosas importantes. La primera fue que, dado que el curso era esencialmente teórico, a base de conferencias y pláticas continuas y teniendo como asistentes a personas que fundamentalmente trabajaban con sus manos, discurrí conjuntamente con Leticia Arroyo, artesana textilera que representaba a México, organizar como distracción un taller de estampado a base de técnicas de thai-day y batik. Involucramos a todos los asistentes los cuales participaron con todo entusiasmo y éxito. Por ello, dentro de los programas de cursos sucesivos, quedó establecida la

costumbre de realizar talleres que en la actualidad son su característica lo que permite a los artesanos participantes experimentar otras técnicas y materiales que no son sus habituales, enriqueciendo su espectro de posibilidades. La segunda consistió en la organización, al final del curso, de una reunión de mesa redonda sobre el diseño en el campo artesanal, en la que participaron como ponentes el Dr. Rubín de la Borbolla, Gerardo Martínez, el antropólogo Vicente Mena, el artista Oswaldo Viteri, los diseñadores Olga Fisch vieja conocida mía del WCC, Hugo Galana, el arquitecto Patricio Muñoz, Leticia Arroyo y quien esto escribe y con la asistencia y participación en las discusiones de los artesanos del curso y público general. La reunión se inició declarando al Dr. Rubín de la Borbolla: “Artesano de América”, designación propuesta por los artesanos asistentes, y concluyó con la “Declaración de Cuenca” que, reconociendo la importancia que el diseño tenía en la adecuación de la producción artesanal al mundo contemporáneo, recomendaba al CIDAP su promoción y difusión en el medio. Esta declaración generó la creación de un curso que tendría como objetivo promover la participación de los diseñadores en el campo artesanal.

El Primer Curso de Diseño Artesanal fue realizado en Bogotá, Colombia, bajo los auspicios del CIDAP, de la OEA y del Instituto de la Expresión Colombiana, en julio y agosto de 1978. Después de una cuidadosa preparación en la que participamos para definir los contenidos técnicos, Omar Arroyo, Jaime Pelissier y Carlos Rojas, diseñadores de México, Chile y Colombia respectivamente y el que esto escribe. El Dr. de la Borbolla se encargó de la parte humanística para la cual diseñó materias novedosas como fueron las de etno artesanías y etno geografía.

Por no contarse con antecedentes, la formulación fue planeada como experiencia piloto que recibiría los ajustes necesarios en los siguientes dos cursos y se destinó el cuarto para una evaluación a

la que se invitarían a algunos alumnos y a los profesores de los tres primeros.

En este primer curso se pudo contar con las muy bien recibidas aportaciones de Olga de Amaral y de Olga Fisch quienes impartieron valiosas enseñanzas, especialmente sobre textiles.

Gracias al apoyo institucional ofrecido por las instituciones colombianas, se había tomado la determinación que estos cursos se realizarán en Colombia, por lo que el segundo se llevó a cabo en la bella ciudad colonial de Popayán antes del terrible terremoto que casi la destruyó. El curso se dio en un entorno rural y arquitectónico muy sugestivo en las instalaciones del SENA situadas en las afueras de la ciudad en donde pudimos contar con todo tipo de talleres artesanales. En esta ocasión se visitaron algunos pueblos de magistrales tejedores



El Profesor Alfonso Soto junto con otros profesores del Curso de Diseño Artesanal.

guambianos, indígenas de la región del Puracé, en Tierra Adentro. También visitamos Calivío, finca rural cercana a Popayán, muestra del estilo de construcciones de los grandes terratenientes de los siglos XVIII y XIX y que contaban con espacios, corredores, altas y aireadas habitaciones, cuartos de esclavos trojes y capilla.

Cuentan que en Calivío estuvo hospedado Simón Bolívar y firmó no sé qué importantes papeles; era propiedad de la familia de una alumna del curso.

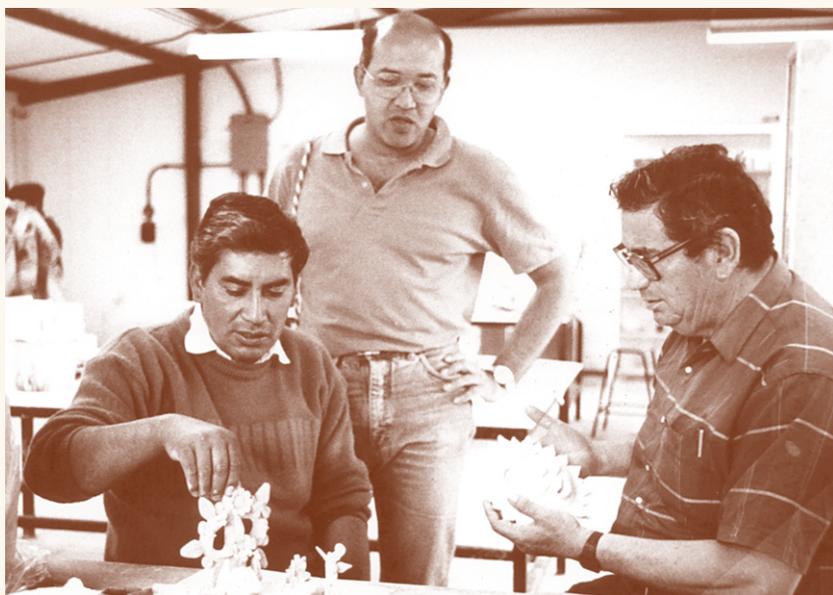
El tercer curso regresó a Bogotá y tuvo como sede el Museo de Artes y Tradiciones Populares, dirigido por Cecilia Duque a quién había conocido en el congreso del WCC en Canadá. Por circunstancias de los cambios políticos que dan al traste con lo que se planea, se cancelaron el apoyo institucional ofrecido y la infraestructura que debía ser apoyada por el país sede, por lo que se vio la necesidad de internacionalizarlos llegando al acuerdo de organizar los siguientes en distintos países.

El cuarto curso se celebró en México. Como se trataba de evaluar los anteriores para realizar ajustes o cancelarlos si ese era el consenso, y dado que se trataba de analizar los resultados obtenidos en los anteriores y por lo tanto no se requerían aulas y talleres, se determinó llevarlo a cabo durante un recorrido por regiones artesanales del centro del país, teniendo como sedes para las reuniones las ciudades de México, Morelia y Toluca y como institución auspiciadora al Instituto Interamericano Indigenista dirigido por el Dr. Oscar Arze Quintanilla. Como resultado de la evaluación efectuada y de acuerdo al consenso general se recomendó a la OEA y al CIDAP el reforzamiento y la continuación de los cursos de diseño artesanal.

En 1983, la sede cuencana de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (hoy Universidad del Azuay), había estrenado sus nuevas instalaciones en una orilla de la ciudad y ofre-

cido al CIDAP, su más amplia colaboración para sus eventos académicos. Por ello se aprovechó esta posibilidad y teniéndola como sede, el quinto curso fue llevado a cabo en la Universidad Pontificia, en donde tuvimos la oportunidad de estrenar aulas y talleres y recibir la posibilidad de esta amable ciudad del Azuay. Desde esta fecha, los cursos del CIDAP especialmente programados para Artesanos Artífices, se efectúan en las pulcras instalaciones universitarias y también los de diseño cuando se dan en Cuenca.

Claro está, dentro del curso se programan prácticas y recorridos por lugares cercanos. Es obligado el de la zona arqueológica de Ingapirca, en la región de Cañar, en donde se visita el mercado de indios cañarejos de tradicional vestimenta en la que destaca un sombrero mostaza claro, parecido a un bombín achatado que no he visto en otras partes. Los cañaris, casi siempre los hombres, tejen las mejores fajas, fajillas y cintas de América, llenas de motivos de-



El Profesor Alfonso Soto trabajando con alumnos

corativos estilizados y primorosamente elaborados usando siempre dos colores complementarios, y con la técnica de positivo negativo que da un efecto distinto a cada lado de la prenda. El mejor lugar para adquirirlas es la cárcel en donde se encuentran los más torvos delincuentes, que también son los mejores artesanos, ya que el largo tiempo de reclusión los ha vuelto maestros en el tejido.

Catamarca, en la precordillera andina argentina, región agrícola cercana a La Rioja, en donde se producen algunos de los más famosos vinos del país, fue el lugar en donde realizamos el curso del ochenta y cuatro. Los talleres situados en un pueblo cercano en donde la tradición italiana era dominante. Así que pastas, queso, vino y tarantela competían con las succulentas parrilladas que, por lo menos dos veces a la semana, organizaban los habitantes para agasajarnos cumplidamente. Nunca he visto perros tan bien cebados como los de ese lugar: se daban el lujo de escoger el pedazo de carne que comerían ya que si no les gustaba el que les arrojábamos, haciendo un gesto despectivo buscaban otro más apetitoso.

Teníamos un argentino por cada región del país, así que pudimos valorar los distintos matices de los habitantes de esa prodigiosamente bien dotada nación. Personalmente me agradaron los mendocinos, los salteños y tucumanos, de habla queda y suave, bien distintos a los porteños y con un folklore musical muy rico y variado.

El ochenta y seis fuimos a Brasilia y al movido ritmo de samba, celebramos el curso en la Universidad de Brasilia, dentro de alardes de arquitectura, tropicales jardines y el melodioso sonido del portugués brasileiro. Y claro, después del curso, la obligada escapada a Río de Janeiro a nadar en sus prodigiosas playas y a echar taco de ojo aprovechando el “filho dental”. Antes de ir a Río, me llevaron a conocer “Ciudad del Amanecer”, una especie de santuario místico a una hora más o menos de Brasilia. Era

como llegar al planeta de “Mongo”, las gentes estaban vestidas con una variedad de diseños, como trajes espaciales algunos, otros con blancas túnicas, o como egipcios, o como aztecas, y otros difíciles de definir. Había un lago en el que pasaban procesiones caminando sobre las aguas conducidas por sacerdotes asirios llevado estandartes solares. (Después me fijé que había un puente levemente cubierto por el agua así que la ilusión era perfecta). Por las calles se paseaban niñas virginales vestidas como para la primera comunión y que tenían



En la clausura de uno de los Cursos de Artesanos Artífices, el Profesor Alfonso Soto, El Dr. Claudio Malo Director del Curso y un alumno hablando a nombre de los Becarios

la mirada perdida en el horizonte y la expresión de como que la Virgen les hablara. También había una especie de centuriones romanos con casco, pero sin espada y, lo más notable, en el centro de todo, un templo circular a manera de rosca, formado por capillas conectadas por un pasillo interior por el que era posible recorrer toda la construcción. Cada capilla estaba dedicada a una deidad distinta entre las cuales era posible, con un poco de imaginación, reconocer a Buda, Tohor, Quetzalcoatl, Osiris y Anubis, Cristo, Shiva, y muchos más y en cada una se encontraba una especie de sumo sacerdote esperando clientes para iniciar el rito correspondiente.

El lugar, según me dijeron, fue fundado por una mística que presintió en el sitio una gran cantidad de magnetismo y energía, se volvió sacerdotisa y con muy buen sentido originó la más vasta colección de religiones esotéricas, ya que de esta forma necesariamente alguna quedaría a la medida de la clientela que formaría la grey de devotos como fue lo que en efecto sucedió. Confortado y protegido por tantos dioses, regresé a Brasilia con la certeza de que nada adverso podría pasarme y así fue .

Gracias a las gestiones del CIDAP, que para mayor concentración del curso, procuraba que alumnos y maestros estuviéramos alojados en el mismo hotel o en alguna dependencia gubernamental proporcionada por su contra parte, pudimos con costos ridículamente bajos, estar hospedados algunas veces en estupendos lugares. Este fue el caso del octavo curso, en República Dominicana, en donde se había conseguido que se llevara a cabo en Altos de Chavón, a unas dos horas al sur de Santo Domingo, y que era un complejo de edificios al estilo de Disney World, pero con ambiente de pueblito de enanos suizos con casas de peraltados techos de dos aguas como para soportar intensas nevadas; catedral entre gótica y románica, teatro griego, museo arqueológico Ciboney, butiques, restaurantes, supermercado, alberca gigante en forma de amiba y todo esto en medio de exube-

rantes y laberínticos jardines y al lado de una barranca en cuyo fondo había un caudaloso río sobre el que flotaban blancas garzas en medio de exóticas flores tropicales. Por ser época de vacaciones todo esto estaba medio vacío por lo que prácticamente estaba a nuestra disposición.

En el lugar había una escuela de diseño con algunos talleres y en ella se impartieron las clases, en un aula abierta a la que de vez en cuando entraban viboritas, lagartijas y unas lentas tarántulas llamadas tacatas, animales que nos permitían hacer alardes futbolísticos para expulsarlas del sitio. Nuestros alojamientos estaban en las casas de los enanos y tenían cocineta, refrigerador, baño y salita de recibo. Los alumnos de a dos por casa y los profesores solos en la nuestra.

Altos de Chavón forma parte de “La Casa de Campo”, uno de



*El Profesor Alfonso Soto y el Arq. Diego Jaramillo,
durante una clase en el campo*

los complejos hoteleros y residenciales más sofisticados y caros del Caribe, con playa privada, campos de golf y de polo, con algunos kilómetros de caminos por los que circulan pequeños autobuses gratuitos, para transportar a propietarios de casas de campo, huéspedes del hotel, y demás personas que tienen el privilegio de penetrar en este exclusivo refugio del tormentoso mundo en que vivimos. Cuando sábados y domingos íbamos a la playa, no más al llegar, diligentes empleados negros nos arrimaban sillas de playa y afelpadas toallas y en actitudes de prósperos millonarios disfrutábamos de la brisa caribeña o de las caricias de sus aguas. Todo esto nos costaba algo así como cinco dólares al día, por supuesto sin alimentos, los cuales cocinábamos y consumíamos en nuestros cuartos por otros dos o tres dólares diarios.

Increíblemente, había un grupo de alumnos, pequeño por cierto, que se quejaba por sentir que los teníamos prisioneros en una jaula de oro, sin permitir que se mezclaran con el pueblo, cuando hubiera sido muy fácil que se cambiaran a vivir a La Romana, ciudad cercana, en la que la mezcla habría sido fácil, aunque sin jardines, playa, alberca y demás. Curiosamente, este pequeño grupo, era el que primero llegaba al “Coctel del Manager” que se celebraba dos veces por semana en el hotel central, y que nos permitía entre las seis y ocho ya pasado meridiano ingerir todas las bebidas que pudiéramos. Y había de todas: desde piña colada a tequila, pasando por ron ponch, whisky, vodka, ginebra y demás, incluyendo todo tipo de combinaciones, (por más que hicimos la lucha nunca pudimos tomar más de seis o siete bebidas en las dos horas programadas) y deglutir los ricos bocadillos y botanas que se servían a discreción.

Algo parecido sucedió en el siguiente curso, en la ciudad de Maldonado colindante con Punta del Este en Uruguay, otro de los sofisticados sitios de veraneo millonario del continente. Solamente que ésto pasó en invierno, sin turistas y propietarios de las lujosas fincas y

con un frío de todos los diablos.

Estuvimos aposentados en un pequeño hotel a la orilla del mar, propiedad del Instituto Metropolitano de Enseñanza Turística (IMET) que serviría de escuela para preparar personal hotelero para las temporadas veraniegas de Punta del Este. Es un hotel confortable, en cuyo comedor hicimos taller de diseño y aula para clases de teoría. En el bar cafetería que daba a la playa, hacíamos nuestras comidas y los cuartos tenían balcones y ventanas hacia el océano. Para pasear por la playa, que estaba a unos metros del hotel, lo hacíamos con abrigo, guantes y bufanda, por lo que poco salíamos al exterior. Las comidas eran servidas por jóvenes camareros de ambos sexos, pulcramente uniformados, que actuaban bajo la es-



El Profesor durante la clausura de uno de los Cursos

tricta y vigilante mirada de su profesor rigurosamente vestido de etiqueta, el que no perdía de vista a sus alumnos que debían poner los cubiertos de una manera correcta y atender con diligencia las necesidades de la clientela. Había también clases de alta cocina, por lo que en esto también estábamos muy espléndidamente atendidos y según recuerdo, en las cuatro semanas que estuvimos, nunca repitieron el menú, al grado que no se nos ocurría ir a comer al pueblo para cambiar de sabor, por la expectativa del nuevo platillo que se serviría. La comida estaba incluida en los seis o siete dólares que pagábamos por día y solo los vinos eran cobrados aparte. El servicio de cuartos era impecable y en la cena de despedida, los cocineros prepararon una paella artísticamente decorada que fue paseada acompañada por los aplausos de todos nosotros.

Hubo después un curso en Asunción, capital del Paraguay, sin nada notable si exceptuamos un viaje a Foz de Iguazú, con visita a la Presa de Itaipú, y a las famosas cataratas. Otra al “Lago Azul de Ipacará”, el más chocolatoso y contaminado de la región y la posibilidad de comprar los vinos y licores más famosos del mundo a los precios más bajos del planteo, oportunidad que Claudio, Omar y yo, aprovechamos repetidas veces en frente de deliciosos y bien servidos churrascos.

A Asunción, siguió Santiago de Chile, en donde nos reunimos en la finca campestre de Canelo de Nos, bien equipado centro de reuniones, cursos y congresos en las afueras de la capital, cerca de San Bernardo, amable pueblito en donde nada faltaba. Al menos pudimos comprar todo el vino que se nos antojaba. El undécimo curso se desarrolló teniendo como telón de fondo la espectacular vista de la nevada cordillera de los Andes Chilenos, tan impresionante como la de los Himalayas, y el bucólico paisaje rural que circunda a Canelo y aposentados en confortables cabañas en ninguna de las cuales faltaba una garrafa de vino.

Los dos últimos cursos que se han realizado a la fecha, fueron

llevados a cabo uno en México, en el pintoresco pueblo de Pátzcuaro y el último otra vez en Cuenca bajo los auspicios de la Universidad del Azuay y con las bendiciones del Ron San Miguel.

En general, procuramos en estos cursos que los ejercicios de diseño que se desarrollan, deben estar íntimamente ligados al lugar. La parte inicial después de los planteamientos que definen las características y expresiones de Cultura Popular, está dedicada a investigar, conocer y registrar el entorno local, para de él entresacar las ideas y fuentes de inspiración que generarán los proyectos de diseño que como ejercicios se generan durante la fase final del cursos en la que se procura trabajar con artesanos locales que lo hemos denominado: “talleres de realización formal”.

En todos los cursos he participado con Omar Arroyo, alternándonos en la dirección técnica con Claudio Malo y asistidos por colaboradores algunos de los cuales han sido alumnos de los cursos anteriores y por un distinguido grupo de conferencistas que dan la información sobre características del lugar. Cada curso genera una publicación que recoge la memoria del mismo y en su conjunto creemos que constituye ya una valiosa aportación a la bibliografía artesanal latino americana.

El grupo de alumnos participantes está compuesto por becarios de los países miembros de la OEA, seleccionados en Washington y por nacionales del país en donde se presenta el evento que son seleccionados por la contraparte del mismo. Siendo el grupo heterogéneo es necesario ajustes después de la evaluación diagnóstica inicial. El curso es muy exigente y la carga de trabajo intensa por todo lo que hay que realizar. La presión que ejercemos los profesores sobre los alumnos es constante, pero el ambiente general es festivo y nunca deja de haber bromas más o menos divertidas.

En Altos de Chavón, por ejemplo, tuvimos como alumna a una joven y despierta monja española pertenecien-

te a una de esas órdenes poco conocidas que sonaba algo así como: “María Auxiliadora y Salvadora de Mujeres Perdidas”. En un momento dado, Omar, muy serio, le preguntó que si ella apartaba a las mujeres del mal. La monjita le contestó que esa era parte de su misión. Entonces Omar le dijo: “Por favor, apártenos unas cuatro o cinco para el sábado, pues tenemos una fiestecita”, La monja solo pudo decirle: “Irreverente”

Cuando los becarios protestan por la carga de trabajo que consideran excesiva, siempre les digo que no estoy seguro de si la actitud de los maestros es por sadismo o por masoquismo. Si ellos son veinticinco y les dejo como tarea diez ejercicios que tiene que entregar cada uno, tengo que revisar doscientos cincuenta trabajos lo que me llevará más tiempo que el que ellos emplearon. Uno de los alumnos, con indudable vocación filosófica, comentó alguna vez que el grupo primero era “maleado”, después “arroyado” y por último “azotado”, de acuerdo con nuestros apellidos y orden de aparición en escena.

Otros títulos que hemos ganado a pulso, tanto Omar como yo, han sido los de verdugo y negrero respectivamente. A pesar de lo anterior, al final, el grupo resulta muy estimulado y estoy seguro que en todos ellos pudimos lograr hacer entrañables amigos, Yo en lo personal procuro crear un ambiente de confianza y amistad que elimine la barrera entre profesor y alumnos, pues soy de naturaleza sencilla y enemiga de mucho protocolo. Desde mi primera intervención comienzo tuteando a los alumnos, e indicándoles que cuando se dirijan a mi es suficiente que me digan: “Su excelencia”.

En uno de mis primeros viajes a Cuenca, tuve la suerte de haber sido invitado a un almuerzo en la finca de campo de la hospitalaria familia Jaramillo en la zona de Cumbe, a unos cuarenta kilómetros de Cuenca. La finca resultó ser una casa muy campesina,

rodeada de bosques, lagunetas, colinas y montañas de sugerente belleza, llena de flores, con vacas, gallinas, pavos y palomas y con un pequeño lago con patos y truchas. La casa en si, está equipada con objetos artesanales muy diversos que incluyen su mobiliario y utilería de comedor y cocina y su diseño es clara muestra de la arquitectura rural tradicional de esa región. La casa me gustó tanto, que la propuse como uno de los sitios de práctica de campo de los cursos, idea que fue aceptada por los propietarios y desde entonces es lugar obligado de visita. Esta práctica es siempre agradable, el grupo almuerza en un intermedio del trabajo y es estupendamente atendido por Dorita Canelos, coordinadora del curso, dama ya de edad, muy apreciada y destacada por su eficiencia. Dorita fue hasta su jubilación, rectora de uno de los más famosos Colegios femeninos de Cuenca y sumamente estricta, según me han platicado.



El Dr. Claduo Malo, El Profesor Alfonso Soto y Rubén Villavicencio, en la inauguración de uno de los cursos de Diseño Artesanal, dictado en Cuenca

Como coordinadora es no solo de una gran efectividad, sino que también es el paño de lágrimas de todo el grupo al cual cuida amorosamente -especialmente al sector femenino- y siempre es adoptada como la mamá postiza de todos los asistentes.

El anfitrión en Cumbe, es Diego Jaramillo, hijo del dueño, arquitecto, pintor, diseñador y profesor de los cursos. La práctica en Cumbe se ha enriquecido en los últimos años con la visita a la fábrica de Ron San Miguel, la más importante del Ecuador y que está a medio camino. Las edecanes de la empresa nos muestran el proceso de producción y envejecimiento en enormes barricas de madera. Al finalizar las explicaciones, compramos algunas botellas para preparar los canelazos (té de canela endulzado y bautizado con ron o zhumir, aguardiente de caña), aperitivo obligado del almuerzo en Cumbe y somos invitados a una degustación de los diferentes tipos de rones que produce Ron San Miguel por lo que, bajo la advocación de este santo, realizamos nuestras prácticas en Cumbe llenos de euforia y con todo éxito.

Este año, (1996), se llevó a cabo en Cuenca, el Primer Curso Interamericano de Diseño en Joyas, también patrocinado por la OEA y el CIDAP. Desde luego, como es costumbre, se realizó en la Universidad del Azuay.

Por primera vez, todos los participantes eran artesanos del mismo oficio, por lo que fue posible profundizar en diseño íntimamente ligado a la técnica de construcción de joyería.

Como resultado de esta experiencia se produjo un muestrario de piezas que, generadas a través de un proceso definido de diseño, permitieron dar a los asistentes clara idea de la diversidad de posibilidades que las técnicas de diseño pueden dar a los artesanos multiplicando su producción con el consiguiente beneficio económico.

Las condiciones del curso fueron estrictas en cuanto a calidad

de elaboración, peso adecuado de las piezas, para que la plata, metal con que se trabajó, se sintiera plata verdaderamente y limitando la excesiva creatividad que conduce a piezas extravagantes y al sobre diseño. Se buscó, en definitiva, que las piezas resultaran lógicas y aceptables en los mercados más exigentes. n



El Profesor Alfonso Soto Soria, el Dr. Raúl Córdova y dos alumnos becarios del Curso de Artesanos Artífices.